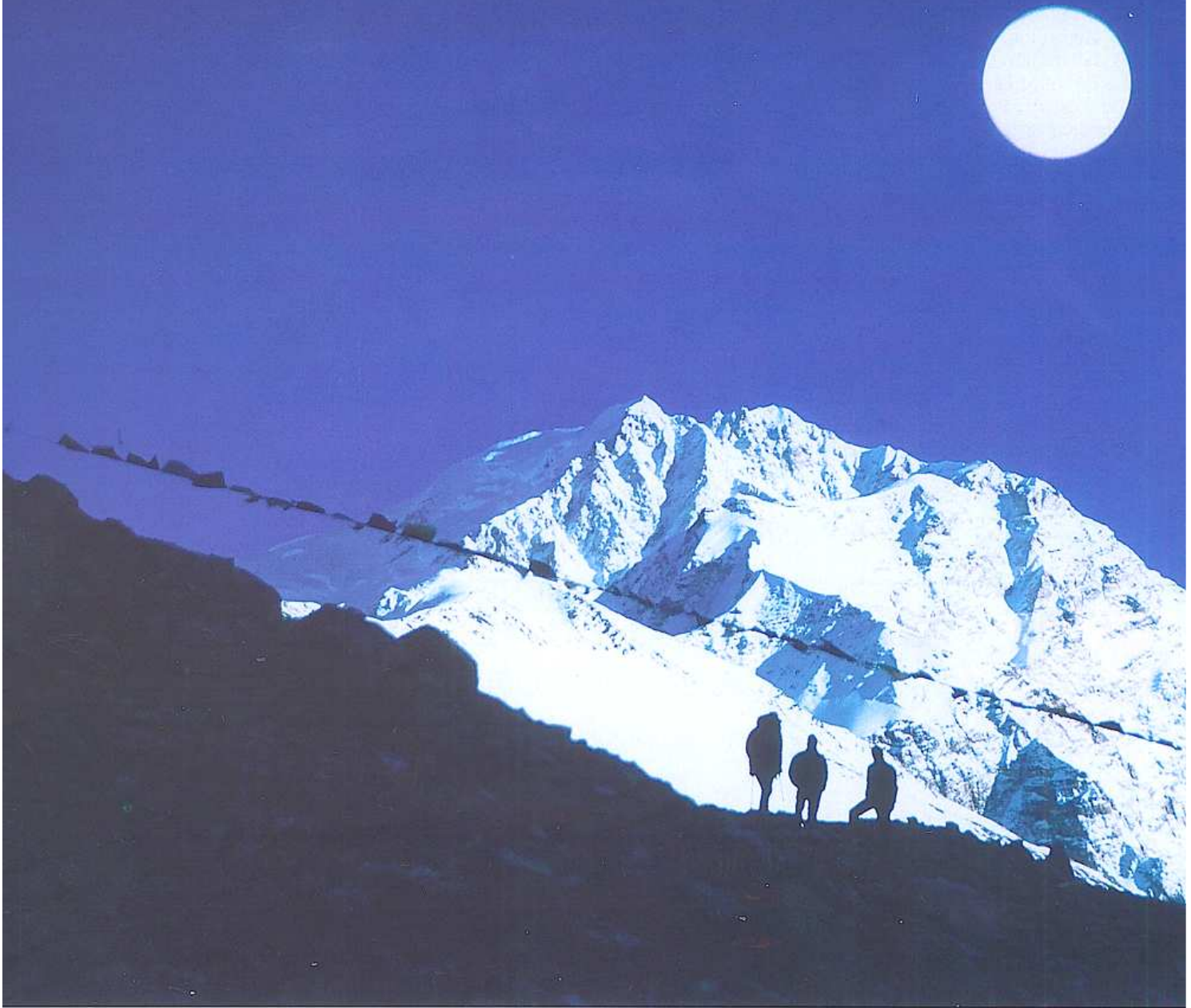
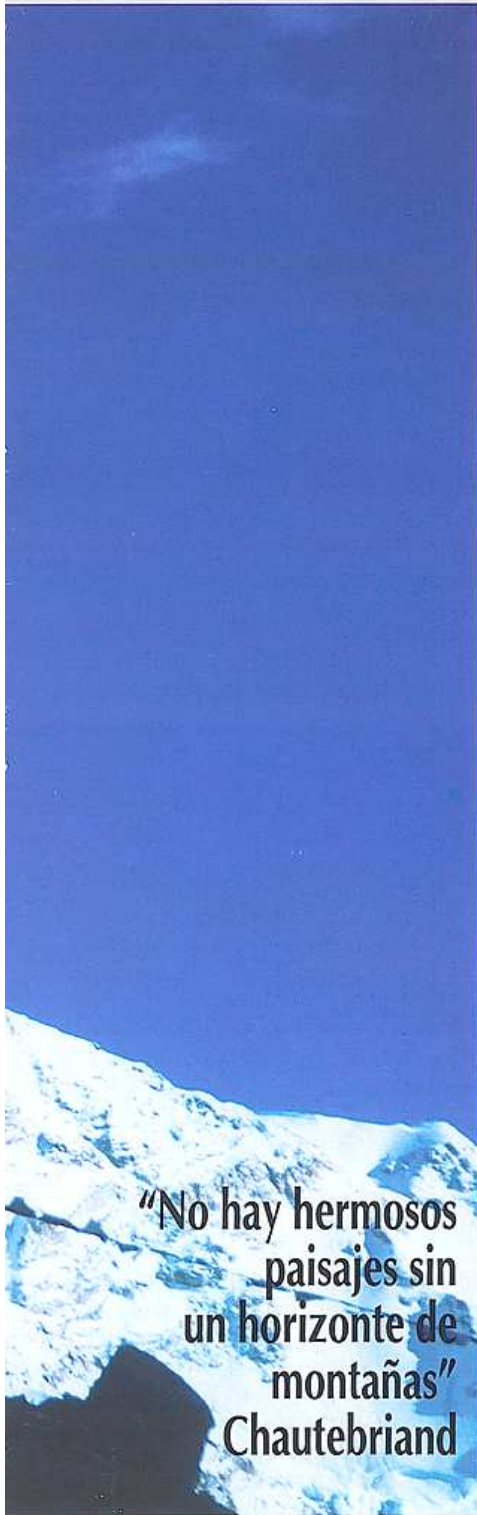


Aventuras de un guardia civil en el país del Budismo



Seis semanas en el Tibet



“No hay hermosos paisajes sin un horizonte de montañas”
Chatebriand



Izquierda, El Shisha Pangma el campamento base avanzado. Parte superior, yaks cargado con el material. El campamento 1 a 6.400 metros.

DESPUÉS de haber ascendido, o intentado, algunas de las montañas más singulares y altas de la Tierra, bastó sólo una llamada de teléfono de José Luis San Vicente para animarme a participar en el proyecto del Centro Excursionista Moncayo de Tarazona (Zaragoza), con motivo de la celebración del 25º aniversario de dicho club. Sin duda, la mejor manera de celebrar el evento era incluir en el cu-

rriculum del centro una montaña de más de ocho mil metros. Ambos teníamos experiencia en grandes alturas, pero afrontar la experiencia de una montaña tan alta nos hacía ser prudentes en la elección de la misma. Entre los catorce posibles escogimos el Shisha Pangma, de 8.030 metros. La elección se basaba en tres factores principalmente: esta montaña excede pocos metros de los ocho mil, no presenta

grandes dificultades técnicas y, por último, nos ofrecía la posibilidad de entrar en el Tíbet, un país invadido por China en 1950 en el que, aunque a duras penas, aún se conserva la cultura medieval que asombró a aventureros de siglos pasados e incluso del siglo XX.

Tras un primer intento de partir hacia la montaña en el otoño de 1999, nos vimos obligados a retrasar la expedición a la primavera del año 2000. Las

actividades en el Himalaya están marcadas por el fenómeno meteorológico del "Monzón Húmedo", un viento del suroeste que hace chocar los frentes que se forman en el Océano Índico contra la cordillera, descargando fuertes lluvias que, en altura, son precipitaciones de nieve. Como el monzón sopla en verano, las expediciones se proyectan para la primavera (premonzón) o el otoño (postmonzón) de cada año.

El viaje

El 21 de abril partimos vía París e Islamabad (Pakistán) hacia la bonita localidad de Kathmandú en Nepal. El primer escollo que debimos salvar fue



Carro en una aldea tibetana

el pago de 130.000 pesetas de exceso de equipaje que nos cobró la compañía aérea y el segundo la pérdida de un bidón con material que, de no aparecer dos días después, nos hubiera supuesto otro desembolso importante. A pesar de todo, los recuerdos que me traía esta ciudad, en la que uno se siente como en casa, nos hicieron relajarnos y preparar durante los tres días siguientes el material y la comida que necesitábamos.

Lo primero al llegar al hotel fue conocer al resto de los componentes de la expedición con los que compartiríamos el permiso de ascenso, aunque luego en la montaña cada uno trabajaría en su grupo. Cinco miembros de la Gendarmería de Alta Montaña de Austria, la

novia de uno de ellos y tres estadounidenses que junto con José Luis y conmigo formábamos el grupo "International Expedition Shisha Pangma 2000" con el que estaríamos identificados para las autoridades chinas. Siguiendo una vieja tradición tibetana visitamos las stupas de Swayambunath y Bodnath antes de emprender nuestro viaje a través de la cordillera del Himalaya.

El Tibet

Por fin el 26 de abril tomamos un autobús que nos llevaría, con nuestro material, hasta la aduana de Kodari. Desde este paso fronterizo, donde se encuentra el Puente de la Amistad, ya

podemos ver la aldea de Zhangmu, primera población tibetana donde pasaríamos esa noche. Un policía chino con apariencia de no tener más de 16 años revisa nuestros pasaportes y nos montan en la caja de un camión para subirnos hasta Zhangmu, a unos 2.500 metros sobre el nivel del mar. El panorama de esta población no es muy

agradable, comenzándose a notar el trato vejatorio que los chinos, tanto militares como civiles, dan a los tibetanos. La calle principal, una cuesta que zigzaguea ascendentemente, está llena de pequeños prostíbulos para la guarnición militar, así como restaurantes de comida china y pequeños comercios en los que vemos vender incluso una camiseta del Real Madrid.

Al día siguiente continuamos con los trámites del paso de frontera y a mediodía partimos en vehículos todo terreno hasta la aldea de Nyalam, a una altitud de 3.500 metros. El recorrido lo hacemos por la "Friendship Highway" o carretera de la amistad; una pista de tierra que pasa por vertiginosos desfiladeros para ir tomando altura en la su-

bida hacia el altiplano tibetano. Aquí en Nyalam pasaríamos tres días en los que iríamos ascendiendo poco a poco y progresivamente hasta los 4.800 metros de una montaña cercana. En su cumbre, de una altura similar a la del Mont Blanc, uno se encuentra como en una simple loma rodeado de inmensas montañas de seis mil y siete mil metros de altitud. Por las tardes en Nyalam hacemos amistad con un grupo de niños traviesos a los que José Luis asombra con su cámara Polaroid.

El día 30 salimos en los vehículos hacia el Campamento Base. Por la noche ha nevado en Nyalam y el tiempo todavía resulta desapacible. Después de pasar un desfiladero, el paisaje se abre frente a nosotros, pasando por pequeñas aldeas tibetanas con pobres cultivos y un modo de vida tradicional, tan sólo roto por el desfile de unos niños que marchan militarmente en dirección al colegio, mientras son guiados por un chino que porta una bandera roja.

En nuestro camino cruzamos por el collado de Lalung-La situado a casi 5.200 metros mientras a los motores de nuestros vehículos les cuesta realizar la combustión por falta de oxígeno. Poco después nos desviamos de la Friendship Highway siguiendo una rodada en la llanura desértica tibetana que marca el camino al Campamento Base de nuestra montaña. Pasamos junto a las ruinas de lo que debió ser uno de los miles de monasterios que los chinos destruyeron en su invasión de 1950. Algunos pastores tibetanos con rebaños de cabras enanas se nos quedan mirando mientras nuestro vehículo levanta una nube de polvo y nuestro conductor chino ni siquiera tuerce la cabeza para mirarlos. Ya en el campamento nuestros cocineros Min Rai, Bhala Tamang y Pemba Sherpa nos preparan una buena sopa mientras descargamos del camión nuestras cosas. Estamos a 5.000 metros, pero la buena aclimatación hecha en Nyalam hace que no tengamos ningún tipo de molestia. Desde aquí la panorámica del Shisha Pangma nos hace entender el significado de su nombre en tibetano: "la larga cresta que domina la llanura".

Esta montaña fue el último "ocho-mil" conquistado por el hombre, concretamente en 1964, justo catorce años después de que los franceses Maurice Herzog y Louis Lachenal ascendieran al Annapurna el 3 de junio de 1950. Es-

ta primera expedición, que coronó el Shisha Pangma, estaba compuesta por un nutrido grupo de escaladores, de los que seis alpinistas chinos y cuatro tibetanos fueron los que alcanzaron la cumbre.

Pasaríamos cuatro días en este campamento, prácticamente sin movernos, y observando con curiosidad a los yakeros tibetanos que acampaban junto a nosotros, esperando que partamos para llevar nuestras cargas a lomos de sus yaks. Les vemos hacer el tampa, harina de cebada tostada que mezclan con el té, mientras discuten por el precio que nos van a cobrar por el porteo. Viven en tiendas de campaña hechas con telas de lana de yak, de cuyos techos sale el humo de la combustión de las heces secas de los estos mismos bóvidos, único combustible del que se dispone en el altiplano tibetano. El tiempo pasado aquí, que nos sirve para aclimatar, lo empleamos en escuchar buenos consejos de Roland, Markus, Stefan, Manfred y Herbert, los cinco gendarmes austriacos con amplia experiencia en otros ochomiles y de la novia del último, Gerlinde, que tampoco se queda atrás.

La montaña

El 4 de mayo salimos para el Campamento Base Avanzado (C.B.A). La marcha tiene 25 kilómetros de recorrido horizontal en el que sólo se ascienden 600 metros. Aquí empiezan a notarse seriamente los efectos de la altura y tardamos casi 8 horas en llegar. Al día siguiente, al mediodía, un lama tibetano bendice la expedición y ofrendamos a los dioses algo de comida de la que disfrutamos al terminar la ceremonia. En dos días estamos ya recuperados y portamos algo de material a un campamento depósito, situado a 5.800 metros de altitud y al borde del glaciar del Shisha Pangma. Para ello se asciende durante cuatro o cinco kilómetros por una morrena lateral de barro y piedras, muy descompuesta, que bordea el río helado. El tiempo no es muy bueno, lo cual en parte nos alegra, pues todavía no ha llegado el período de bonanzas que permite cada año que se suba a la cumbre.

Somos la última expedición que ha llegado a la montaña de las ocho que están intentando la cumbre. Un grupo de alemanes y otro de estadounidenses

tiene ya montados todos los campamentos de altura y está esperando impacientes un período de buen tiempo para subir a lo más alto. A nosotros todavía nos quedan muchos porteos para ponernos a su altura, pero trabajamos con ilusión para ello.

Las subidas al campamento depósito cada vez se hacen más rápido, a pesar de alguna que otra nevada que nos cae al regreso. El 11 de mayo subimos a dormir a 5.800 metros, pasando una noche fría dentro de la tienda a -8°C y al día siguiente montamos una tienda en el campamento 1 a 6.400 metros de altura, tras cruzar entre los bloques de hielo del glaciar y haber ascendido por una empinada cuesta de nieve. Hace viento y antes de llegar al campamento nos ha nevado algo, así que instalamos rápidamente la tienda y bajamos a dormir al C.B.A.

Después de un día de descanso estamos ya preparados para subir a dormir al campamento 1 y desde allí portear otra tienda más pequeña y material a 6.800 metros, donde se encuentra el campamento 2. El tiempo es apacible y parece que empieza a estabilizarse, así que subimos con la moral bien alta y, aunque cansados, llegamos en poco tiempo a montar nuestro campamento. Hoy han empezado otros grupos a atacar la cumbre con éxito, aprovechando la luna llena. Ya tenemos todo equipado y, siguiendo los consejos de montañeros más expertos, bajamos a recuperarnos durante tres días al C.B.A, antes de comenzar el ascenso definitivo.

Mientras descansamos impacientes en el C.B.A. vemos con nuestros prismáticos cómo primero Roland y Stefan y al día siguiente Herbert y Gerlinde alcanzan la cumbre en la que nos gustaría estar a nosotros. Bajan extenuados, pero todavía les quedan fuerzas para animarnos a nosotros a subir hasta lo más alto.

El 19 de mayo nos levantamos temprano y después de un buen desayuno comenzamos el ascenso por la morrena. En poco más de dos horas alcanzamos el depósito, pero el camino se hace duro y descansamos antes de cruzar el glaciar. Entre los bloques de hielo

nos damos cuenta de que hoy la nieve está muy blanda y hay que tener cuidado con las grietas. De repente José Luis resbala en el hielo y se mete hasta la cintura en una grieta llena de agua helada. Nos planteamos darnos la vuelta y volver a empezar mañana, pero hace calor y su ropa se puede secar por el camino, así que continuamos camino



Policía en Kathmandu

del campamento 1.

En la fuerte pendiente de ascenso me recupero del cansancio que tenía subiendo al depósito, pero veo que José Luis se va quedando atrás y a 6.000 metros decido parar a esperarlo. Cuando me alcanza me confiesa que está tremendamente cansado, por lo que nos paramos a descansar e hidratarnos. A la media hora decidimos continuar y después de dar apenas una docena de pasos José Luis clava sus rodillas en la

nieve y decide abandonar el intento de la cumbre. No fue precisamente un momento agradable para ninguno de los dos, pero sin duda menos para José Luis que en ese momento se acordaba de su familia, del Centro Excursionista Moncayo y de todos sus amigos aragoneses que habían puesto su confianza en él. Todavía no sabemos a qué fue debida esa "pájara", pero lo que sí es cierto es que el comportamiento del cuerpo humano a esa altitudes ha dado alguna sorpresa a más de un montañero experimentado y nosotros no íbamos a ser menos.

Ahora nos planteamos recoger todo el material que teníamos en los campamentos de altura, así que, mientras José Luis descendía hasta el C.B.A., continué ascendiendo hasta el campamento 1 donde me encontré a dos de los estadounidenses, quienes al verme me preguntaron por mi compañero. Después de contarles lo que había pasado su cara se iluminó pues ellos no tenían tienda en el campamento 2 y yo no tenía compañero. Según ellos hacíamos un equipo perfecto para intentar la cumbre, aunque por las experiencias que habíamos vivido, para mí eran las últimas personas de la tierra con las que me hubiera apetecido trabajar para la cima. La tarde era realmente apacible, no soplaban viento y me encontraba fuerte, así que no tardaron mucho en convencerme de que lo intentáramos juntos.

Intento a la cumbre

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y nos encontramos con un día soleado y una ligera brisa del suroeste que no hacía pensar que el tiempo estaba cambiando. A las 10:00 estábamos ya subiendo al campo 2 y a una hora de nuestra tienda de campaña comenzaron a entrar nubes por el collado y no tardó en caer nieve. Nos costó encontrar el campamento, pero por fin, una vez que lo alcanzamos, pudimos resguardarnos en la tienda de campaña que aunque era para dos plazas, al menos nos tenía a los tres calientes y a salvo. Una hora y media después de haber llegado ya me encontraba descansado, lo cual indicaba que la aclimatación que había hecho era la correcta. Ahora sólo hacía falta que el tiempo mejorara para intentar el sueño que llevábamos algo más de un año preparando.

El resto del día lo pasamos derri-

tiendo nieve para hidratarnos. Al final de la tarde, antes de anoecer el viento paró y, aunque la cumbre estaba entre nubes, al menos se veía el camino hasta el campamento 3, situado a 7.400 metros y que en teoría montaríamos al día siguiente. Por la noche los dos americanos hicieron que sintiera que la tienda de campaña no era mía y que yo estaba allí de inquilino. Eso de la conquista del territorio debe de ser algo genético en ellos...

Después de una noche en la que dor-



Niña tibetana

mí francamente bien, para la altura en la que nos encontrábamos, a las 8 de la mañana descubrí a los americanos planeando quedarnos allí el resto del día y salir por la noche directamente a la cumbre. El proyecto era verdaderamente una locura. Intentar subir 1.200 metros de desnivel entre siete mil y ocho mil metros estaba, por ejemplo, al alcance de los austriacos, que de hecho lo hicieron pero con una experiencia en este tipo de montañas de la que no disponíamos ni los americanos ni yo. Por otra parte los dos americanos no habían pasado en su vida de 5.000 y de 6.000 metros respectivamente, con lo que yo era el más experimentado en altura con una cumbre de 7.000 metros y no veía la idea precisamente con buenos ojos.

Después de descubrir que también

sabía discutir en inglés me tuve que acoplar a los planes de los dos "ocupas" de mi tienda. No entendía muy bien que sintiéndonos los tres bien aclimatados no comenzáramos a subir para arriba, pero yo solo no podía portear la tienda y el material y esperamos a que llegara la una de la madrugada para ponernos en marcha.

Una hora antes comenzó a nevar fuertemente y ya decidimos que esperaríamos a que amaneciera y en un momento de mejoría retirarnos al C.B.A. A las 10:00 de la mañana deja de caer nieve y el viento que sopla es muy flojo, así que nos disponemos a recoger el material y descender. De repente, cuando todavía no tengo la tienda desmontada, me doy cuenta de que mis "compañeros" están ya preparados para bajar. No sólo me doy cuenta de eso, también caigo en que me voy a tener que bajar yo solo todo el material y la basura, pues su genética tampoco les permite los grandes esfuerzos. Preparo un pesado petate que arrastro como si fuera un trineo mientras sigo la huella de los dos insolidarios y me cuesta más de dos horas y media llegar al campamento 1. Allí desmonto la otra tienda y el cargo junto con el material en el petate que ya tiene unas dimensiones y un peso considerables para continuar el camino del C.B.A. En el Depósito está ya esperándome José Luis que ha salido a mi encuentro. Después de darle un abrazo le cuento las peripecias con los americanos mientras apuro una cantimplora de té caliente que me ha traído del C.B.A.

Regresamos con el sentimiento de no haber vencido a la montaña, de haber tenido la cumbre al alcance de la mano, pues no esperaba sentirme tan fuerte a esa altitud. Estábamos algo tristes por ello, pero volver otra vez a Zhangmu y contemplar de nuevo el trato recibido por los tibetanos hizo que mi preocupación y mi tristeza se redujeran. Mi "problema" era pequeño comparado con el de cualquier tibetano que vive en su país como si fuera un extranjero al que no consideran ni siquiera ciudadano. Al cruzar de nuevo el Puente de la Amistad, ya en territorio de Nepal, me dí la vuelta para ver el Tíbet que dejábamos atrás. Sólo me vinieron a la mente dos palabras: FREE TIBET. ♦

Fernando Rivero Díaz es cabo 1º Especialista de Montaña

